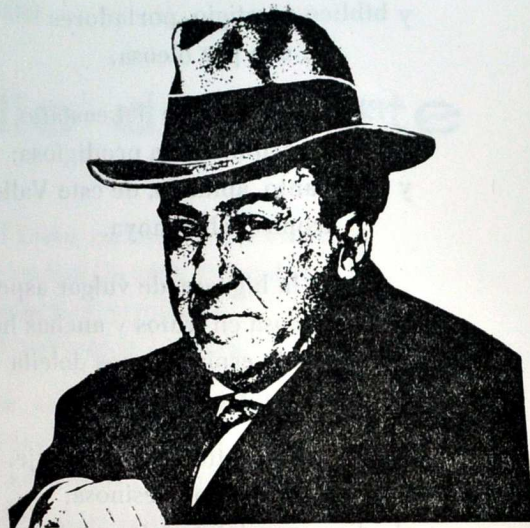


EL MAR EN



ANTONIO MACHADO



DEMÁS de «luminoso y profundo», como le llamó Rubén Darío, Antonio Machado era un hombre perfectamente serio y su obra refleja esa sincera seriedad. Su bondad humilde, su nobilísima hombría, su talante moral se reflejan en su gloriosa obra. Hizo los poemas con su vida, por lo que tienen ese toque estremecedor de verdad, de realidad sagrada.

Lo amargo, lo atormentante, en Machado, es el desprecio de la fe en cuestión de alcanzar la verdad, a la que sólo se pueda llegar por la razón. Así lo explica al decir:

Cuatro cosas tiene el hombre
que no sirven en la mar:
ancla, gobernalle y remos,
y miedo de naufragar.

Pero, tras los vaivenes que esta postura trae consigo, el mismo Machado tiene que recurrir a decirnos:

La razón: Jamás podremos
entendernos, corazón.
El corazón: Lo veremos.

Y en otro lugar:

Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos.

Reflejo de este ir y venir de la razón y la fe, y viceversa, sin concluir en ninguna de ellas, es aquel marinero

que hizo un jardín junto al mar
y se metió a jardinero.
Estaba el jardín en flor,
y el jardinero se fue
por esos mares de Dios.

A veces el mismo Machado reconoce su perplejidad en la problemática del saber, aun cuando tiene bien planteadas las condiciones. Así:

Hay dos modos de conciencia:
una es luz, y otra paciencia.
Una estriba en alumbrar
un poquito el ancho mar;
otra, en hacer penitencia
con caña o red, y esperar
el pez, como pescador.
Dime tú: ¿cuál es mejor?... etc.

En cualquier campo (fe o razón), el hombre se encuentra en constante lucha, por que «en sueños de lucha con Dios (misterios de la fe), y despierto con el mar (incapacidad de la razón para iluminar ciertos temas)».

También vemos en la siguiente canción la incapacidad de alcanzar la verdad completa (mar) aun cuando se alcancen verdades parciales (aire marino):

Una noche de verano.
El tren hacia el puerto va:
devorando aire marino.
Aún no se ve la mar.

Sólo cuando morimos, podemos ver algún destello de sabiduría iluminando el conocimiento de las cosas:

Cuando lleguemos al puerto,
niña, verás,
un abanico de nácar
que brilla sobre el mar.

Pero Machado resalta, ante todo, la figura del hombre que piensa; ante todo el hombre como ser pensante. Leamos lo que dice en la poesía titulada propiamente

M A R

A la hora de la tarde
viene un gigante a pensar.
Junto al mar que mucho suena,
medita, sordo, a la mar.

.....
El no ve la mar ni el cielo,
él sólo ve su pensar.
¡Gigante meditabundo
a la orilla del mar.

Por fin, decide que la razón no puede eludir la ayuda a la fe, en su cometido de saber, cuando canta:

Junto a la sierra florida,
bulle el ancho mar.
El panal de mis abejas
tiene granitos de sal.

Pero más que fe en sentido teológico, la palabra «mar» significa, desconocimiento, lo que no se puede conocer (porque es muy ancho el campo del saber), de aquí que la ciencia tenga que salpicarse de lagunas (mitos, leyendas, teorías...) que repugnan los métodos científicos (la sal en el panal).

También el mar significa para Machado lo que antes significara para Manrique. La muerte, por su esencia indescifrable más que por otra cosa, es un mar desconocido, ancho, hondo, donde todo desaparece en él. Nuestra vida, pues, no consiste más que en un «ciego huir a la mar». Al morir pasamos a ser componentes de la misma muerte, porque ésta no es algo que viene a buscarnos, sino que nosotros mismos vamos a «caer como gota del mar en el mar inmenso». La comparación con el río la plasma al preguntarle al Guadalquivir, en Sanlúcar: «como yo cerca del mar, río de barro salobre, ¿sueñas con tu manantial?» Patente

es, como vemos, la influencia de Jorge Manrique, quien tiene «entre los poetas míos... un altar».

Pero aunque fluya a la mar ignota,
es la vida también agua de fuente
que de claro venero, gota a gota,
.....
... sobre la piedra brota.

Porque si grande es el problema de la muerte, igual de confuso es el del nacer:

Saber, nada sabemos,
de arcano mar vinimos,
a ignota mar iremos.

Entre ambos mares estamos condenados a no saber nada, porque:

entre los dos misterios está el enigma grave;
.....
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.

Todo conocimiento humano, por más que alcance el saber, deja de tener validez si no es para el ser que conoce («cada sabio, su problema y cada loco, su tema»), y aun para el mismo deja de valer con el transcurso del tiempo. Es decir, el problema del saber es un problema insoluble; sólo existen soluciones parciales, y, más que eso, subjetivas:

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
.....
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

Por tanto, la misión del hombre es reducida a cero, porque todo lo que aporte desaparecerá con el tiempo:

Lo nuestro es pasar,
pasar haciendo camino,
caminos sobre la mar.

Claramente, entre el arcano mar del que venimos y la ignota mar a la que iremos, hay un tercer mar, el mar de la existencia.

En resumen, todo es mar. Mas queda un dato importancia: Dios, ¿Qué es de El? De aquí surge la «Profesión de fe» machadiana:

Dios no es la mar, está en la mar,

 en el mar se despierta o se adormece.
 Creó la mar, y nace,
 de la mar cual la nube y la tormenta;
 es el Criador y la criatura lo hace.

¿No vemos aquí reminiscencias krausistas?

La actividad del hombre, lógicamente, aparece y desaparece en el campo de su existencia; por tanto, para Machado, nacerá y morirá en el mar. Y así dice: «De la mar al percepto, del percepto al concepto, del concepto a la idea ¡oh!, linda tarea, de la idea a la mar, ¡Y otra vez a empezar!». Todo mar, todo nada (nada aparente, es decir, de esencia desconocida para el hombre). Por tanto, cualquier hecho no es algo constituido «a priori». Al realizarse el hombre, realiza, a su vez, a su mundo. El hombre constituye su mundo. Por eso, compara el quehacer humano con el andar sobre las aguas, donde no sólo no hay camino previo, sino que desaparece al dejar de caminar sobre él, en la canción que dice:

¿Para qué llamar caminos
 a los surcos del azar?...
 Todo el que camina, anda,
 como Jesús, sobre el mar.

Pero, en la vida de Machado hay un momento en que desaparece esta idea de la vida como mar, como soledad, como ignorancia, como «vanidad de vanidades», justamente cuando entra en su órbita Leonor. Porque ella significó para él una ilusión, un norte, algo que daba significado a todo su ser. Todo esto le faltaba antes de ella y después de ella. Así, grita desesperadamente:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
 Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
 Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
 Señor, ya estamos solos, mi corazón y el mar.

Esta estremecedora canción es, quizá, la más significativa, el eje de toda su obra, el núcleo de su pensar. Plasma el resumen de su filosofía. Pero Machado es, después de todo, un hombre religioso. porque por religiosidad no debemos entender ir a la iglesia, golpearse el pecho y

decir «Señor. Señor», sino una sincera búsqueda de la Verdad Suprema, un intento de acercamiento a Dios, una rectitud de conciencia y una vida de acuerdo siempre con ella; mas esto no quiere decir que no haya momentos en que Machado caiga en la incredulidad, en el error o en desviaciones. Esto es achacable a la postura racionalista que, por sí sola le lleva a la fe en sólo muy contadas ocasiones. No debemos extrañarnos, pues, cuando presenta ciertas ideas que, de puro personales (y sobre todo, sinceras) son más o menos esotéricas. Debemos pensar que Machado fue un liberal (en el buen sentido) en todos sus aspectos, y se consideraba con derecho a detectar los que él creía fallos de la práctica popular de la religión. En tal sentido podemos leer:

Oh fe del meditabundo!
 Oh fe después del pensar!
 Sólo si viene un corazón al mundo
 rebosa el vaso humano y se hincha el mar.

Ya que lo importante no es vivir un sistema inamovible, sino vivir de acuerdo con situaciones concretas, pese a todo, podía decir:

Aunque me decían
 hereje y masón,
 rezando contigo,
 ¡cuánta devoción!

Mas este problema no está definitivamente resuelto por el poeta, que se ve obligado a preguntar:

¿Cuál es la verdad? ¿El río
 que fluye y pasa
 donde el barco y el barquero
 son también ondas del agua?
 ¿O este soñar de marino
 siempre con ribera y ancla?

Es decir, la Verdad, ¿es única y fija cayendo en error con la más mínima desviación? o, por el contrario, la verdad ¿depende de nosotros mismos (verdades particulares, porque la absoluta no existe)?

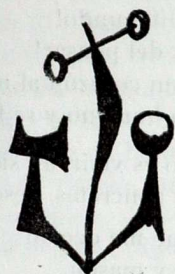
Es indudable que en Antonio Machado está vigente la oposición clásica del «todo es», de Parménides, con el «todo fluye», de Heráclito. El concluye el problema fundiendo los dos aspectos como se puede apreciar en el soneto «Esto soñé»:

Que el caminante es suma del camino
 y en el jardín, junto del mar sereno... etc.

El camino es el receptáculo del devenir de las cosas; el mar es lo inmutable, o, mejor, la esencia de la inmutabilidad.

Como resumen, ante tal perplejidad, el poeta no puede por menos que sentirse realmente vivir dependiendo del mar, y, como buen hijo de la mar, pronostica que el día de su muerte estará «ligerero de equipaje, casi desnudo».

Marciano BREÑA GALAN



EXTREMEÑO CACEREÑO

«Alcántara» es tu revista. Ningún pueblo, región o país puede elevarse en sentido alguno si desatiende sus problemas culturales. No hay progreso compatible con la ignorancia o el desdén hacia las cosas del espíritu.

«Alcántara» nació con estas miras y hoy quiere acentuarlas más que nunca. Suscríbete a esta revista que es la tuya, propágala entre tus amistades y defiéndela si te encuentras en otras comarcas o naciones, lejos del solar natal.

Cuatro sonetos cacereños

I

Llevas el verso alerta en la mirada,
Domingo, y la ilusión recién nacida;
todo un poema se abre ante tu vida,
toda una senda para ti creada.

¿Qué vírgenes palabras en la nada
te esperan? ¿Qué verdad será tu herida?
¿Qué sangre ya te acuerda florecida
en la quizá cercana encrucijada?

Yo sé que hay una perla mudamente
animada en la noche de tu anhelo:
pronto será una llamarada, amigo,
que te iluminará perennemente...
y habrá llegado la hora de tu vuelo:
mi corazón hermano irá contigo.

II

Escúchame, Gabino, en tí la huella
de Dios caló más hondo... Entumecida
Su planta, tú la llama apetecida
le diste... ¿cómo no iba a hacerte mella?